

sistentes en fuentes de plata dorada, ganó, como era de esperar, Felipe IV, quien obsequió con ellos á la reina y al príncipe, no pareciendo sino que con la fábrica de tan mezquino edificio se habia logrado triunfo tal que fuera causa legitima del público regocijo.

de cuanto ser podía
de fábrica real precioso adorno,
en quien, por imposible ejecutado,
la esfera vió su círculo cuadrado.
Con una estrella hermosa,
que á Júpiter divino retrataba,
cándida y luminosa,
en ausencia del sol, la luna estaba
de suerte, que de Vénus parecia,
porque, partido el sol, quedase el día.
Nuevo pensil hispano
una línea de flores esmaltaba
á la siniestra mano,
donde, al principio del invierno, estaba
tan viva la florida primavera,
que la tierra pensó que ya lo era.
Como se adorna y pinta
en hilos de oro tela de colores,
que con estar distinta
una de otra labor, hojas y flores,
á donde más la vista se desvela,
juntas parecen una misma tela,—
sus lugares tenian
consejos, reino, nuncio, embajadores;
la esfera componian
graves ministros, nobles senadores:
que son las armas y las santas leyes
potencias de las almas de los reyes.
Cual suelen á la aurora
cantar las aves, anunciando el día,
la música sonora
llamó los ojos donde el sol salia,
y en la arena marcial de la palestra,
Júpiter español los rayos muestra.
Méno bizarro mira,
al jóven Alejandro, Macedonia,
cuando por ver suspira
un mundo, de sus piés breve colonia;
pues, á pesar de océanos profundos,
para nuestro Alejandro nacen mundos.
Matiza en pura rosa
cándido esmalte el carmesí vestido,
cuya pompa olorosa,
imperio breve del Abril florido,
quiso imitar en el color y el paso,
aurora apenas, cuando breve ocaso.
Lo blanco y encarnado
eran las hojas, con igual decoro
de galan y soldado;
la majestad real, átomos de oro;
la brevedad, el bien y la belleza,
que entrambos pasan con igual presteza.
Iba á su lado el Conde—
que méritos y amor igualan tanto,—
porque llegar á donde
á la misma fortuna causa espanto
es virtud, es valor: que no hay estrella
de más felicidad, que merecilla.
Accion en que prudente
con tu respeto mismo te aconsejas.
Corrieron finalmente

la majestad y la virtud parejas,
si bien la diferencia prevenia
que así corren tambien el sol y el día.

Puesto que juntos salen,
y parece que el curso los conforma,
no fué porque se igualen:
que el tiempo es la materia, el sol la forma:
que el arco de colores que ilumina,
así resulta de su luz divina.

Aquel dístico breve
mejor que Roma cante España ahora:
«Toda la noche llueve;
vuelve los espectáculos la aurora;
porque el invicto César ha tenido
con Júpiter su imperio dividido.»

Como veloz cometa
mata la luz en su mayor discurso,
así el real planeta—
que apenas dejó estampa de su curso—
fué ocaso de sí mismo: que no hubiera
lugar, fuera de sí, donde cupiera.

Íbase al Occidente
el sol por los extremos de la plaza,
que en viéndole presente,
el campo celestial desembaraza,
diciendo, al despejar nuestro horizonte:
—«Donde Felipe es sol, seré Faetonte.»

Mas luégo que llegaron
los que con tantas galas le siguieron,
tan veloces pasaron,
que de tantos colores uno hicieron;
como se mira un prado, en cuyas flores
la variedad confunde los colores.

Vuela el ginete ardiente,
el acicate en púrpura bañado,
al pálio diligente;
y en habiéndose todos ocultado,
volvió á formar nuestro divino Febo
segundo día por Oriente nuevo.

Después de las entradas
de tan gallardos belicosos Martes,
lucidas y admiradas,
hicieron un jardín las cuatro partes
del teatro real, con tal belleza,
que al arte se rindió naturaleza.

Pintar al rey de España
guiando aquel hermoso laberinto,
y con la airosa caña
en proporcion de las demás distinto,
empresa fuera para nuevo Apéles:
que la deidad retira los pinceles.

Aquí, si yo tuviera
culto musa hiperbólica, pintara
caballos, que pudiera
envidiarlos el sol, ó si pensara,
por ver si alguno en tanta copia ha sido,
de verse retratar, agradecido.

No faltará quien diga
sus colores y patria, y de sus dueños
la militar fatiga;
porque, cuando en epítomes pequeños